Diario

Luy

luy

Diario

Capítulo 1

Me siento siempre en el mismo lugar: siempre en la segunda fila de bancos, en una esquina, siempre al lado de los varones. En mi colegio usamos guardapolvo azul, no blanco; para volver del recreo, la seño se para en el medio del patio, levanta una mano al cielo y todos corremos a hacer fila. Dos filas: nenes y nenas, de menor a mayor. Yo soy de las primeras, la segunda o la tercera, por ser de las más bajitas; él, el último, indiscutible, de su fila. Alto, rubio, ojos color café. Como en clase no lo miro, aprovecho los recreos: me siento en un cantero, lejos, lo más lejos que puedo, y lo miro correr durante quince minutos una pelota. Suspiro, escribo, lo miro. Y repito todo eso: suspiro, escribo, lo miro; suspiro, escribo, lo miro; y si me ve, por casualidad, me sonrojo y bajo la vista. Lo amo, muchísimo, pero en silencio; se lo cuento a mi diario todos los días. Todos los días lo amo un poco más. Escribo su nombre, dibujo corazones, cada día más corazones, suspiro, me sonrojo, y guardo mi diario, lo escondo en la mochila, entre el cuaderno de comunicados y la carpeta.

Ahora es primavera y hace calor, demasiado calor y, ni bien toca el recreo, corro al quiosco por un jugo. Corro porque el quiosco se llena de gente, de chicos más grandes y de más chicos; y si no corro no llego a comprar, ni llego a sentarme en el cantero, ni puedo mirarlo ni...

A medio camino me freno, desacelero el paso. El diario, en mis corridas, quedó en la mochila. Dudo, me muerdo el labio, miro por encima de mi hombro. Me digo que son dos segundos, que voy y vuelvo. Pero no: no voy. Vuelvo. Giro sobre mis talones, regreso al aula. Camino rápido al aula, troto, corro después. Me voy acercando y escucho risas fuertes que me aceleran el corazón. Llego agitada, me apoyo en el marco de la puerta de mi grado, respiro hondo y levanto la vista. Me arden los cachetes y mis ojos se llenan de lágrimas, porque es él, tan rubio, tan alto, quien con sus ojos café está leyendo mi diario entre risas. Se está riendo con mi mejor amiga; se ríen de mí a carcajadas y simulan tirar besitos. Ahora los

besitos son para mí: son sonoros, tipo sopapa, y vuelan por el aula hasta estamparse en mis cachetes como trompadas. Lloro. Las lágrimas me brotan feroces, porque es mi amiga, mi mejor amiga de todas las amigas, la única. Y a él, lo amaba. Ahora lo odio.

Entro a los tumbos, pisando con bronca, doy pasos largos. Salto y salto para intentar sacarle el diario a los dos, que se lo pasan de una mano a la otra; y los dos son los últimos de la fila y yo, demasiado bajita. Profiero un gritito histérico, contenido, de la impotencia que siento; le pego manotazos ridículos a la nada, porque nada alcanzo y las risas siguen y crecen. Ahora las burlas. Me enrostran mi propia letra, mis corazones pintados con dedicación, cada una de las mil veces que en una misma hoja escribí su nombre…

Ahora corro, pero al baño. Me encierro en un cubículo. Sigo llorando. Como papel. Tiro y tiro del rollo, y acumulo papel y más papel en mi mano. Arranco pedazos del papel higiénico y me lo llevo todo a la boca, hago una pelota enorme de papel mojado y lo mastico como puedo. No me entra más papel, pero sigo comiendo, sigo masticando, intento tragarlo. Cada tanto me ahogo. Quisiera comerme mi propio diario. Me tocan la puerta, pero no respondo. Siguen tocando, pero yo no hablo porque tengo la boca llena de papel. Mi amiga, al otro lado, me llama, me dice que salga. Me tira el diario por debajo de la puerta, lo desliza. Dice que fue una broma, que lo hizo porque nunca la dejo leerlo, porque ella quiere saber. Pero yo ni salgo ni respondo. Ella insiste, se larga a llorar, me acusa de ser mala amiga, de enojarme por cualquier cosa. Yo me meto la mano entera en la boca, me saco la bola de papel ensalivada; raspo, después, los restos que se me pegan al paladar, a los dientes... Y grito. Primero no grito nada concreto, ninguna palabra, porque no sale más que una nota, la más alta. Grito y pateo. Sentada en el inodoro, encojo las piernas e impulso las dos contra la puerta. Pateo y grito como una loca. Tiro el diario al inodoro. Le grito que no es más mi amiga, que no quiero verla nunca más; que ya no la quiero, de hecho, que ahora la odio. Los odio a los dos. Eso era mío, era mí secreto. Podía robarme todas las figuritas si quería, le grito, pero no mi diario.

Ahora no quiero amar más, no quiero más secretos, no quiero escribir más.

Y tiro de la cadena.